

— LAS JOYAS DE LA PANTALLA —

EL PEQUEÑO WASHINGTON

Gran interpretación de
WESLEY BARRY
(El chico de las pecas)
Charles Conklin y Gertrudis Olmstend



BIBLIOTECA
CINEMATOGRAFICA

edacción y Administractón:
Mora de Ebro, 141. - BARCELONA

25 Cts.

LAS JOYAS DE LA PANTALLA

1924

GEORGE WASHINGTON JR
EL PEQUEÑO
WASHINGTON

Versión literaria de la hermosísima co-
media cinematográfica de igual título,
interpretada por el simpático
"Chico de las pecas"

WESLEY BARRY

• • •

CINEMATOGRÁFICA VERDAGUER S. A.
Consejo de Ciento, 290.—BARCELONA

• • •

BIBLIOTECA CINEMATOGRÁFICA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

MORA DE EBRO, NÚM. 141 — BARCELONA



LAS JOYAS DE LA PANTALLA



EL PEQUEÑO WASHINGTON

I

Nueva York, la inmensa ciudad de los rascacielos, donde el dólar ha sentado su trono, ofrece como ninguna otra población, un vasto campo de acción para aquellos nobles, sin escrúpulos, que viendo sus bálasones camino de la subasta y sin más esperanza que un casamiento de conveniencia, atraviesan el Atlántico, para enamorar a una princesita del cheque continuo, con sus tenta-

doras sonrisas, promesas de castillos feudales y posesiones imaginarias que fueron en un tiempo de sus bisabuelos, pero que vendieron ya sus nietos.

En uno de los barrios más aristocráticos de Nueva York se alza majestuosa y orgullosa, de su riqueza la suntuosa morada de Hiram Washington, senador democrático y oportunista de primera fila aunque, a decir verdad, jamás ha podido abrir el pico en el Senado por la rara coincidencia de que cuando él se levantaba para tratar de un asunto, otro con más amplitud de datos y más elocuencia, lo había dejado sobradamente resuelto, debiendo limitarse a sumar su voto al de los demás.

Viudo desde hacía tiempo, Hiram vivía con su sobrina Dolly, una encantadora americanita a quien la Naturaleza había dotado de los mayores encantos, que ella sabía multiplicarlos con su sincera ingenuidad y sus aníadas maneras; y con su hijo Jorge, que a pesar de su corta edad, profesaba verdadera idolatría a las doctrinas del gran presidente Washington y había decidido imitarlo en todo.

Tal era su devoción por el ilustre patrio-
cio, que en su saña de estudios había col-
gado un retrato del antiguo presidente,
para tenerlo presente en todos los momentos
de su vida.

La coincidencia por otra parte de llamar-
se Jorge como su noble inspirador le daba
mayores anhelos para secundarle en sus pa-
trióticas campañas en favor de América.

La vida del senador Washington se des-
lizaba sin más quebraderos de cabeza que
llevarle la contraria en todo a su colega y
enemigo político el senador Hopkin, que
tenía un hijo llamado Ricardo, su único y
grande cariño de toda su vida.

Uno de los puntos dónde solía reunirse
la alta sociedad neoyorquina era el Club de
Natación, donde con frecuencia se celebra-
ban concursos náuticos en los que tomaban
parte los jóvenes pertenecientes a las fa-
miliias aristocráticas de Nueva York.

Aquella tarde, la animación en el Club
era extraordinaria, se celebraba el campeo-
nato de natación el cual se disputaban
Jorge y Ricardo, los hijos respectivos de am-
bos senadores.

Al terminar la prueba, el jurado estaba indeciso, sin saber a quién de los dos muchachos habría de otorgárselle el título de campeón, pero Jorge, imbuido por las doctrinas de Washington de decir siempre la verdad, los sacó del atolladero, diciendo:

—En honor a la verdad, confieso que Hopkins ha llegado a la meta antes que yo...

Ante esta declaración, el señor Washington, colérico porque ganaba el hijo de su rival le amonestó diciéndole:

—Idiota. ¡Por qué no te callabas?... ¡Yo que contaba con este trofeo, para gloria de la familia!

—¡Muy bien Washington!... ¡Eres un buen compañero — le dijo momentos después Ricardo, estrechándole afectuosamente la mano.

—La rivalidad política de nuestros padres no ha de impedir el que nosotros seamos dos perfectos amigos — le contestó sonriendo Jorge.

* * *

Durante toda la tarde el conde de Gorfa, que gracias a sus maneras distinguidas había logrado ser la atracción de los círculos elegantes, no había apartado la vista de la

gentil figura de Dolly, que no se había dado cuenta de la muda admiración de que era objeto, hasta que su tío se lo advirtió, diciéndole:

—Es conde... quién pudiera atraparle para «blasonar» la familia.



Washington era senador de primera fila...

Mientras tanto el conde puesto en antecedentes de la espléndida dote de la joven hizo que uno de sus amigos la presentara a senador a quien elogió la hermosura de su sobrina y su gestión política, diciéndole:

—Su sobrina es una muchacha encanta-

dora y a usted le felicito, por su admirable labor como hombre de Estado...

Washington queriendo alardear de su influencia política, le contestó:

—Tengo proyectos grandiosos y trascendentales... soy capaz de asfaltar hasta la Vía Lactea... y declarar deporte nacional el colecciónar billetes de tranvías.

Al despedirse el senador, encantado del trato del conde, le ofreció su casa; ofrecimiento que no pensaba éste desaprovechar, para poderse apoderar de la dote de Dolly.

II

Gorfa se dió buen cuidado de estrechar su amistad con el senador y cuando comprendió llegado el momento oportuno, le dijo,

—He de confesarle mi querido senador, que me siento cautivado por la hermosura de su sobrina, Dolly.

—Me hubiera arriesgado a pedir su mano... pero mi fortuna ha sufrido serios quebrantos desde la guerra y me impide satis-

facer este deseo que para mí hubiera sido un gran honor.

—Este detalle es insignificante — le contestó Washington —. He dotado a mi sobrina con cien mil dólares, que le entregará el día de su casamiento.



El señor Washington se encojerizó al ver que ganaba el hijo de su rival

Y acordada la boda, el senador, loco de alegría, al ver que por fin iba a conseguir uno de sus mayores deseos, que era el de «blasonar» su familia, le comunicó, momentos después, la grata noticia a Dolly, diciéndole:

—El señor conde te dispensa el honor de pedir tu mano... y yo me siento orgulloso de su elección...

—Pero tío... si yo no le quiero... — protestó la joven.

—No seas tonitrua... esta oportunidad se presenta una sola vez en la vida,

—Yo siempre he sido un padre para tí y he de aconsejarte lo qué más te convenga.

—Supongo que no rechazarás a un caballero que tanto honraría nuestra casa?...

* * *

Mientras el señor Washington aconsejaba esta boda a su sobrina, en uno de los barrios de dudosa reputación, se hallaban reunidos los compañeros de una nutrida banda que capitaneaba Gorfa.

—Compañeros — decía éste —. He de participaros una noticia que redunda en beneficio de nuestra sociedad... voy a casarme con la hija de un senador, y entonces, en la nueva esfera, podré ser de gran utilidad para nuestros fines... Nadaremos en oro.

* * *

A espaldas de sus respectivos padres, Dolly y Ricardo iban sumando capítulos a la eterna novela de amor.

El único que conocía estos amores era el fiel criado negro Ben Wickman, un insustituible mensajero del amor.

Para Dolly, la decisión de su tío venía a derrumbar todas sus bellas ilusiones de enamorada. De ningún modo podía contrariar a su tío, pero, por otro lado, comprendía que jamás podía olvidar el amor que sentía por Ricardo, el único que había sabido despertar su virginal corazón; con las dulces melodías de sus palabras amorosas.

Ante el terrible dilema pensó que únicamente Ricardo podría orientarla en medio de aquella tempestad que amenazaba con destruir el castillo quimérico de sus amores y, valiéndose de su fiel criado, le envió una carta que decía:

«Querido Ricardo: Mi tío se empeña en que me case con el conde de Gorfa y yo no puedo desairarle. Ten la seguridad de que es a tí a quien amo.

Dolly.»

Al leer la carta Ricardo no dudó de que su amada sería sacrificada a la ridícula vanidad de su tío, si él no ponía inmediatamente remedio. Pero lo imprevisto del caso no le dejaba entrever ninguna solución y hasta que hallara ésta lo mejor sería tranquilizar a su novia. Se acercó al negro que esperaba la respuesta para su amita y le dijo:

—Dile que me interesa verla hoy mismo... no te olvides.

III

Pasaron algunos días y la noticia del próximo enlace de la sobrina del senador Washington con el conde Gorfa era el tema diario en todos los salones y lugares donde se reunía la gente chich de Nueva York.

El senador, por su parte, no cabía en sí de gozo al ver que por fin iba a realizarse uno de sus mayores anhelos, puesto que la fecha ya había sido acordada y nada parecía impedir el deseado enlace.

Los críticos de sociedad invadían la casa del señor Washington solicitando detalles de la boda.

El senador los recibía amablemente y con un gesto que quería ser de resignación, pero que no podía ocultar por completo su íntima satisfacción. Les contestaba:

—Como americano de pura sangre; no soy partidario de los casamientos con extranje-



Los periodistas invadían la morada del senador.

ros, pero si dos jóvenes corazones se aman... no encuentro manera de oponerme a sus puros amores...

Pero Jorge que no veía con buenos ojos aquel matrimonio de su prima, a quien quería como a una verdadera hermana y que

además no consentía que nadie faltase a la verdad en su presencia desmentía las palabras de su padre diciéndoles:

—Lo de puros amores, es una pura filfa... no hay más interés que el dote...

—Mi prima no ama al conde y mi padre se ha dejado seducir por el brillo de un escudo.

—Creo que los dólares se pueden invertir en algo más práctico que comprar condados imaginarios...

—No le hagan caso — intervenía el senador—. La vida de Washington se le ha subido a la cabeza.

En el seno de la familia las discusiones entre padre e hijo eran diarias. Jorge censuraba la idea del tal casamiento, mientras que su padre la defendía y le preguntaba:

—¿Por qué te has empeñado en llevarme la contraria? Acuérdate de que mis declaraciones son oficiales.

Pero el pequeño Washington reconstruyendo mentalmente uno de los incidentes del gran presidente americano, cuando era chico, le contestaba:

—Obro cómo Washington cuándo era chico... digo siempre la verdad... Así se portó él, cuando en cierta ocasión cortó el cerezo favorito de su padre. Al preguntarle éste qué quién era el culpable, el muchacho respondió:

—Fuí yo con mi hacha... comprendo que cometí una insensatez.

—Dí siempre la verdad — le contestó su padre — y llegarás a ser presidente de los Estados Unidos.

—Yo he obrado cómo Washington... ahora pórtale tú cómo su padre...

—Déjate de tonterías... si me faltas al respeto te desheredero y en paz.

Estoy perdido — replicó el muchacho con desaliento — no llegaré a ser presidente de la República, pero tampoco viviré un día más en esta casa donde se me obliga a mentir faltando el respeto al gran Washington.

Con el corazón dolorido por la violenta escena que acaba de tener con su padre, Jorge se fué a buscar consuelo al lado de su prima y le dijo:

—Me he peleado con papá y me marchó de casa ahora mismo.

Pero la nueva vida tenía sus inconvenientes. Falto de recursos y sin ningún oficio, el pobre muchacho comprendía que la vida fuera del hogar paterno se le haría bastante difícil; mas su fuerza de voluntad era mucha y prefirió trabajar en algo que le permitiera satisfacer sus necesidades, antes que volver a su casa y faltar a las doctrinas del sabio presidente.

Mientras tanto Dolly veía acercarse con el espanto el día señalado para su boda sin que ni ella ni su novio encontraran medio alguno para impedirlo.

Rogó nuevamente a su tío para que anulase su matrimonio pero el senador no desistió de su proyecto; achacando las súplicas de su sobrina a puro romanticismo.

IV

Llegó por fin la noche del casamiento tan ansiosamente esperada por Gorfa y tan temida por Dolly.

Su alma infantil se sublevaba ante la exigencia de su tío, pero su voluntad débil de niña; la obligaba a obedecer el mandato;

sin atreverse a oponer más que una leve resistencia.

Con bastante anticipación a la hora señalada Gorfa se encontraba en el palacio



Las discusiones entre padre e hijo eran diarias

de su futura; hablando con el señor Washington.

Al poco rato se presentó el secretario del senador, quien entregándole un importante documento, le dijo:

—He de molestarle a usted para decirle que, hoy mismo, debe usted firmar el informe secreto de la comisión de Estado.

—Perdóname — se excusó con Gorfa el señor Washington — pero he de leer el informe secreto que dirijo a mi Comité.

* * *

Mientras tanto un criado pasó con una carta para Dolly y el conde, al ver para quién iba dirigida, le detuvo, diciéndole:

—No la distraigas... ya me enteraré yo de lo qué es...

Y en efecto, con la mayor naturalidad y sin respeto ninguno abrió la carta y leyó:

«Dolly: Tengo absoluta precisión de verte. Te esperaré en la puerta lateral.

Ricardo.»

No pasó desapercibido para Gorfa que aquellos amores podrían traer malas consecuencias e incluso impedir que su boda se celebrase, echando por tierra todo el plan que tan maravillosamente había fraguado. El señor Washington terminó de leer en

aquel momento el documento y dirigiéndose a su futuro sobrino, le dijo:

—Mañana ingresaré en el banco cien mil dólares a nombre de usted y de Dolly.



—Fui yo quien cortó el cerezo...

El fingido conde que no había perdido de vista el documento que antes había leído el señor Washington se apoderó de él disimuladamente, comprendiendo que sería una

poderosa arma contra el senador, y exclamó con fingida naturalidad:

—Que tontería... en mi emoción acabo de olvidar la licencia de casamiento. Voy por ella y regreso al instante — y salió apresuradamente para dirigirse donde le esperaban los demás compañeros de la banda, con el fin de dejar en sitio seguro el documento robado.

* * *

Jorge Washington había vuelto de nuevo a casa de su padre y conocía los amores de su prima con su amigo Ricardo, a los cuales estaba decidido ayudar en todo lo que fuera necesario.

El muchacho veía con dolor que la hora de la ceremonia se aproximaba y que con ella quedaría destruida para siempre la felicidad de su querida Dolly, pero por más que atormentaba a su imaginación, ninguna idea se le ocurría que sirviera para evitar la desgracia de los jóvenes enamorados.

Cuando más pensativo se encontraba, entró el fiel criado negro y le dijo:

—He visto al futuro esposo de Dolly como se apoderaba de un documento. ¡persigale!

* * *

Mientras esto ocurría en el palacio del senador Gorfa, reunido con su gente les explicaba del siguiente modo el motivo de su repentina vuelta:

—Me he apoderado de un documento, que tiene un gran valor para el político Washington, que pagará por él, lo qué queramos.

—La pérdida de este documento, que demuestra los manejos electorales del senador Washington, sería su desprecio... y el no dejará de comprenderlo.

Efectivamente, aquellos hombres desalmados habían logrado, valiéndose de la astucia, prender entre sus redes al buen Washington que, fiado por las apariencias e inducido por su ridículo deseo de «blasonar» su nombre, creyó verdaderas cuéntas historias quiso contarle el perverso Gorfa.

V

Los invitados a la boda iban llegando en gran número.

Toda la alta sociedad neoyorquina había sido invitada así como los demás políticos enemigos y partidarios del senador.

Momentos antes de la hora señalada para el acto matrimonial, se presentó Gorfa, vestido de rigurosa etiqueta y su presencia despertó todavía algunas miraditas y sonrisas prometedoras por parte de más de una niña casadera, que envidiaban la suerte de Dolly.

Esta, por el contrario, se dejaba vestir y engalanar con el alto traje de desposada, que hacia resaltar con más brío la pureza de sus facciones y la palidez de su rostro.

Ya había perdido toda esperanza de salvación. Los minutos transcurrían con desconsoladora rapidez y desde su habitación oía las risas alegres de sus amigas que esperaban impaciente la llegada de la novia.

El momento temido llegó por fin y Dolly, inconsciente y sin darse cuenta, se encaminó involuntariamente hacia el lugar del sacri-

ficio, donde quedaría inmolada para siempre su felicidad y sus sueños de amor.

* * *

Jorge al enterarse del acto realizado por el conde, no dudó ya de que sus anteriores e infundadas sospechas se convertían en una triste realidad. Gorfa era evidentemente un aventurero peligroso, de cuyas garras había que salvar a toda costa a su querida prima Dolly.

Para ello era imprescindible apoderarse del documento robado y, con esta prueba, desenmascararle y arrancarle a su padre la venganza que le había puesto ante los ojos el pomposo título de conde.

Los minutos eran preciosos y no había tiempo que perder. Seguido de su fiel criado se dirigió en busca de Ricardo a quien puso en antecedentes de todo lo qué había sucedido diciéndole al final:

—Hemos de apoderarnos del documento, para evitar a papá una serie de molestias y difamaciones...

Y decididos a todo se dirigieron al domicilio dónde sabían que vivía Gorfa y dónde pensaban encontrarían el deseado documento.

Cuando llegaron a la casa que habitaba el fingido conde, se encontraron con sus cómplices, que esperaban reunidos que Gorfa fuera a comunicarles el haber contraído matrimonio.

Lo que menos podían ellos esperar, es que se presentase nadie a reclamar el documento robado, pero al ver a Jorge, a quien ya conocían; comprendieron que su visita no era casual si no que algo anormal ocurría y se pusieron en guardia por lo qué pudiera suceder.

A las primeras palabras de Jorge, exigiendo el documento que comprometía a su padre, se entabló entre ellos una violenta lucha que terminó saliendo por fin victoriosa la justicia y la razón.

Durante la refriega Jorge recibió un fuerte golpe en la cabeza, pero el daño no fué mucho, porque, según él, la tenía muy dura y en posesión del documento se encaminaron a la casa del señor Washington.

—Son cerca de las ocho — exclamó Jorge — llegaremos tarde... se habrá celebrado la boda y nuestros esfuerzos habrán sido inútiles...

* * *

Pero la suerte les fué favorable una vez más y cuando llegaron la boda se estaba



Jorge quería a Dolly como si fuera su hermana

celebrando. En aquel momento el párroco preguntaba:

—Si alguno de los presentes conoce alguna circunstancia, que pueda impedir este matrimonio, debe en conciencia manifestarlo.

Abriendose paso entre los invitados, Jorge gritó:

—¡Este conde es un vil impostor!

El semblante de Gorfa palió decíó intensamente delatándose él mismo y cuando Jorge le acusó cómo Iadrón del documento que había robado a su padre, aquél, viéndose descubierto, no tuvo más remedio que confesar la verdad.

Uno de los políticos allí presente, amigo del senador, se le acercó y le dijo,

—Si los periódicos llegan a publicar el texto de su documento secreto, ya puede usted retirarse de la política y escapar del país.

Pero Jorge, en el afán de salvar a su padre, recurrió, por primera vez en su vida, a la mentira y salvó la situación, diciendo:

—Señores, papá ya había sospechado de este falso conde... pero dejó que se desarrollaran los acontecimientos para mejor desenmascararle.

* * *

Para el senador aquel descubrimiento no solamente lo ponía en ridículo ante sus adversarios políticos, sino que además destruía para siempre sus quiméricas ilusiones por tanto tiempo acariciadas, de ver unido su apellido al de un título de nobleza, aún cuan-

do para esto hubiera tenido que gastar toda su fortuna.

Todo cuanto poseía lo hubiera dado gustoso, con tal de que la acusación de su hijo no fuese verdad, pero, desgraciadamente, la actitud medrosa del acusado, que no había tenido ni el valor de defenderse y la prueba presentada, no dejaban lugar a duda. La triste realidad se imponía y no tenía más remedio que aceptarla con todas sus consecuencias y doblegar su voluntad ante el peso abrumador de la verdad de los hechos.

Jorge comprendiendo el doloroso trance porqué pasaba su padre; pretendió consolarle, diciéndole:

—Créeme papá, desenmascarando a este impostor has prestado también un gran servicio al país porque era jefe de una organización, enemiga de nuestra prosperidad.

* * *

Desde luego la boda ya no podía celebrarse.

Gorfa había sido detenido y los invitados comentaban cada uno a su modo y muchos con malsana alegría, el incidente y esperaban con impaciencia el final de aquella aventura extraordinaria y verdaderamente novelesca.

Dolly, mientras tanto, daba, desde lo más hondo de su alma, gracias a Dios por haber oído sus súplicas. Ibrándola de casarse con un hombre a quien detestaba y cuya vida, a su lado, hubiera sido un constante martirio.

Pero felizmente la terrible pesadilla había huído para siempre y vuelta a la realidad sonreía dichosa a su novio, que al mirarla reflejaba en sus ojos todo el immense amor que embargaba a su corazón locamente enamorado.

Jorge quería llevar hasta el final su obra y hacer que su prima y Ricardo fueran todo lo felices que se merecían.

Para esto no había más que un medio; conseguir que sus respectivos padres olvidasen sus antiguas discusiones y obtener de ellos el consentimiento para que los enamorados se casasen.

Aprovechando aquel momento, se dirigió a los antiguos rivales y les dijo:

—Mejor ocasión que esta para olvidar las antiguas rencillas no se presentará jamás... Dolly y Ricardo se quieren... y puesto que el cura está en casa... aprovechemos la oportunidad...

El señor Washington aún trató de poner alguna resistencia, pero las palabras de su hijo, le habían convencido del error que había cometido al querer casar su sobrina con un desconocido, y los ruegos de los in-

vitados, que veían aguarse la fiesta, le hicieron por fin ceder, y él mismo unió a los dos jóvenes.

Los dos enamorados no podían creer que su felicidad llegase a tanto, pero la voz pastosa y monótona del cura los sacó del embe



Jorge se enteró de los amores de Dolly y Ricardo

Ieso en que estaban para hacerles ver de que sus vidas, unidas para siempre, se pertenecían mutuamente.

Con él mismo esplendor preparado para la otra boda, se llevó a efecto la de Dolly y Ricardo, que, apartados de todos, se contaban una vez mas sus amores. El cielo de

su felicidad se les presentaba claro y diáfano, sin que la más pequeña nube pudiera empañarlo.

* * *

En el salón todo era alegría y regocijo, como si la dicha de la feliz pareja hubiera saturado de contento a cuantos la presenciaron.

Únicamente Jorge se encontraba cabizbajo y triste, como si un recuerdo pesaroso enturbiara la satisfacción experimentada momentos antes.

La mentira a que se había visto obligado a recurrir, momentos antes para salvar a su padre, le atormentaba grandemente, acordándose de las doctrinas del ilustre presidente Washington, que condenaba sin excepción alguna el faltar a la verdad.

* * *

Sin poderse contener por más tiempo abandonó el salón y se dirigió a su sala de estudio.

El retrato del gran patrício parecía mi-



—Este Conde, gritó Jorge, es un vil impostor

rarié con severidad y Jorge, adelantándose ante él y como si quisiera que sus palabras traspasasen el espacio de lo infinito, le suplicó:

—¡Perdóname Washington... he dicho una
mentira, para que papá quedara bien ante
todos y hacer felices a dos corazones que se
amaban, uniéndose para constituir un hogar
puramente americano.

FIN

2

3